



DISFRAZADOS CONOCIDOS

LOS MASCARONES DE SIEMPRE



Por más que el pobre se estira y encoje, á morder no acierta. Como que está en mano experta la breva porque suspira. Y aún mejor es que así siga estirando hocico y cara, pues si á cojerla llegara... ¿Para qué está la vejiga?

**AÑO II**  
**N.º 52**  
 Febrero 24 de 1895  
**PRECIOS de SUSCRICION**  
 Montevideo y Departamentos

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	» 5.00
Un año	» 9.00

**EXTERIOR**  
 Los mismos precios, en moneda equivalente, con el aumento del franqueo  
 Número corriente 30 centésimos | Número atrasado 40 centésimos  
 De venta en las principales librerías  
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS  
**Oficinas Provisorias: calle Uruguay 301**  
**MONTEVIDEO**

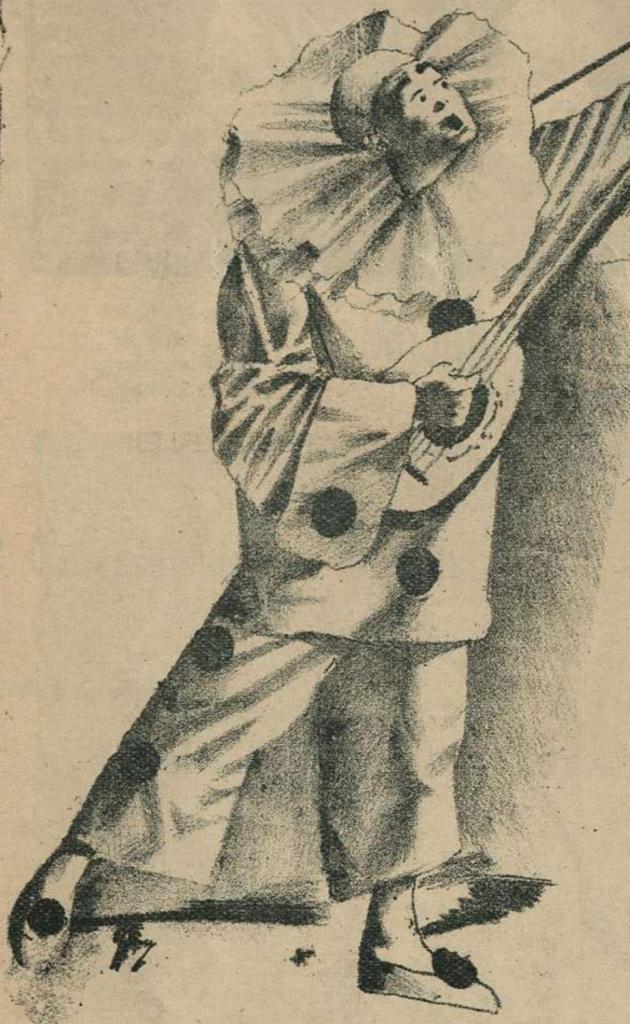
LIT. TIP. LA SUD-AMERICANA, TREINTA Y TRES 91.

## SUMARIO

TEXTO.—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez.—«La carabina de Julio», por Nemo.—«Para Ellas»,—«Serpentina indiscreta», por Alina Doré.—«El dominó color de fuego», por Carlos Lenguas.—«Mascarita» por Pepe Ortiga.—«Entre dos fuerzas», por Arturo A. Giménez.—Menudencias, correspondencia particular, Avisos.—Suplemento: «Boy», por el R. P. Luis Coloma.

GRABADOS.—«Disfraces desconocidos» (los mazcarones de siempre), por Aurelio Giménez.—«Para hoy» por Wimplaine.—«Para Ellas» (Retrato de niña. traje de fantasía).—«Nuestros prohombres de incognito» y varios intercalados en el texto, por Giménez.

SUPLEMENTO.—«Galería Departamental (Canelones Don Rafael Zipitria, por Aurelio Giménez.—«No se disfrazan Vds», por T. R.



ZIG ZAG

Lo primero de que se preocupa también el ser humano electo para presidirlo es de armarse de un palo que llaman baston presidencial.

Pero en fin, como ha de ser; ya tiene el buen pueblo palos para tres días, mediante la entrega de veinticinco mil pesos.

Y *consummatum est*; que es como si dijéramos consumidos son.

Ahora le toca el turno á los papelitos que han sucedido al agua que antaño se usara para el juego de Carnaval.

Eso sí, hay jente que aún no puede acostumbrarse á la nueva moda.

—¡Ah, en mis tiempos! me decía un señor. Aquellos si que era juegos! No había quien no se vaciara un algibe en la cabeza de algun transeunte. Mi mujer era loca por ellos.

—¿Por los transeutes?

—No hombre, por los juegos de agua. Tenía contraída la costumbre de arrojarme á la cabeza, todos los años, catorce baldes de agua. Un día de Carnaval en que me levanté con un dolor de cabeza atroz, creí que se iba á volver loca por no poder echarme agua.

—¿Y qué hizo?

—Concluyó por echarme encima una tinaja de agua... sedativa.

Gentes así, entusiastas por la fiesta de Momo las hay á cientos.

—Yo,—me decía otro señor que se llama Bartolo y que es loco por el carnaval y por los alcahuciles frios—no dejaba de disfrazarme todos los años aunque llovieran chuzos. A las seis de la mañana ya salía disfrazado y pronto para correrla.

—¿Y de qué se disfrazaba usted?

—De toro. Era en los tiempos de las corridas de toros. Mi hijo hacía de torero, con un traje muy precioso; mallas color carne, jubon verde acuchillado, y una galera de felpa flamante, con pluma blanca.

Entre los dos divertíamos á la jente de una manera asombrosa. Yo, fiel á mi papel, empezaba á dar brincos y corcobos, emprendiéndola á cornadas con él, mientras ejecutaba todas las suertes reglamentarias, con una *muleta* que le habían regalado cuando estuvo cojo por habersele alargado una pierna más que la otra, una *puntilla* de un vestido viejo de mi mujer, una ortiga que me ponía en el cogote para que sirviera de *pica*; y un sable de caballería con el que me ultimaba. Entre tanto yo daba unos bramidos que aterraban al vecindario. Pero un día, como no veía yo bien con la cabeza aquella de toro, al atropellar reventé un ojo á un transeunte y entonces fué él que empezó á dar bramidos; una vez repuesto, con sin igual furia me cogió por los cuernos y me arrojó contra los adoquines. Fuimos ambos á la comisaría.

—¿Y qué dijo el comisario?

—Dijo tratando de consolar al otro: «Pero no ve usted que es un animal?» Si estaría yo bien disfrazado!

Como don Bartolo hay mil, que no pierden la ocasión de disfrazarse, y, claro, cada cual en armonía con sus aficiones y gustos.

También esto del Carnaval va decayendo ya, por no quedarse atrás. Ni adornos se ven ahora. La verdad es que después de los del 25 de Agosto eso de los adornos callejeros va viniendo muy á menos. Aquello de las célebres botas de la estatua de Artigas ¿se acuerdan ustedes? ha quedado grabado en la memoria del pueblo asistente á las fiestas, que le ha cobrado temor á esa clase de atavíos. Y de ahí que se echara á murmurar contra los de la comisión y compañía diciendo en los corrillos á quien quería oírlo:

—¡Vaya unos adornos! ¡Claro es que haciéndolos así esos de la comisión de festejos se han puesto las botas!

A lo que respondían otros:

—¡No hombre qué! Si con las botas que han puesto á Artigas ya no han quedado botas para nadie.

Pero el pueblo no se convencía y le tomó recelo á esas cosas.

Y con razon porque salían carillas. Y salen.

Ahora los adornos para carnestolendas van á costarnos la friolera de veinticinco mil pesos que ha dado á la Municipalidad el Gobierno con ese objeto.

Y la Municipalidad ha empezado á colocar palos.

¡Lo de siempre!

El bendito pueblo paga, para recibir palos.

Sea en manifestaciones pacíficas, sea en festejos callejeros, la policía á quien él paga, ó la Municipalidad á quien da, lo primero á que atienden es á darle palos.

Sujeto hay á quien le duele la barriga si no le dejan distraerse de oso y ahí anda por esas calles forrado en estopa echando por los poros todo el sudor que Dios depositara en su cuerpo para un semestre.

A mi carbonero no hay quien sea capaz de impedirle que arranque todos los años dos chapas de zinc del techo para envolverse con ellas usándolas á guisa de coraza. Va de guerrero

Eso sí; una vez así ataviado no hay quien no le crea una chimenea con alpargatas.

Y conozco una señora, esposa de un jugador empedernido, que no vive en Carnaval.

—¿Y su esposo?

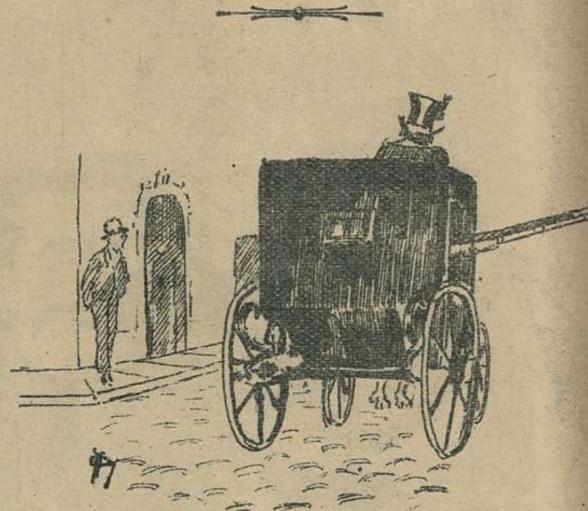
—¡Ay! Ahora está peor. Antes, por no abandonar el juego se disfrazaba de *dominó*. Luego dió en vestirse de Rey de bastos, pero ahora Dios mío, de mal en peor.

—¿Qué! Se disfraza de ruleta!

—No; de Cupido, para ir á los bailes de máscaras del teatro. ¡Ay! Y eso ya no es juego.

—Se equivoca usted señora. Es que se habrá aficionado al juego de... *damas*.

ARTURO A. GIMENEZ.



## LA CARABINA DE JULIO

A don Julio esta semana han armado una rechifla los diarios, porque en el coche se lleva una carabina.

Y han sacado en consecuencia los *reporters* ¡serán pillos! que la tal sirve sin duda... ¡pues! para disparar tiros.

¡Qué par de peregrulladas son noticia y consecuencia! Pero si don Julio el arma ha ya tres años que lleva!

Y no lo ha ocultado á nadie y todo el mundo la ha visto! Y recién lo saben ellos ¡habrá *reporters* activos!

Pero en fin: de todos modos su admiración no comprendo. Porque eso les ha admirado. ¡Vaya! Y ya han hecho aspaventos!

¡Si andar con cosas muy *caras* como la tal cara-bina es muy propio de don Julio y lo hace todos los días!

Cara, cara nos costó su terrible presidencia y cara nos va costando aún: ahí están Juan y Abella.

Caros cuestan los caballos que lo arrastran, y el carruaje también nos cuesta muy caro y caro paga á su sastre.

Y con tantas cosas caras cual gasta su excelentísima persona, aún hay quien se admire de que gaste cara-bina?

Eso sí, no gasta cara  
ó al menos, no hace uso de ella,  
pues afirma quien lo sabe  
que en vez de ella usa careta.

Mas no lo crean, porque al  
decir de él esto, de paso  
le dice quien de él lo dice  
á las claras «descarado».

Y siendo falso y gastando  
otras mil cosas carísimas  
¿cómo hay aún quien se admire  
de que gaste cara-bina?

NEMO.



—¿Cómo nos divertemos eh?

—Anda, que si nos viera mama lo que nos dara.



## SERPENTINA INDISCRETA

(CUENTO RÁPIDO)

—A ver, niñas, si dejan libre el balcon. ¡Parece mentira que unas chicuelas recién salidas de la cáscara tengan ya pretensiones como una verdadera mujer!

—¡Pero tía! ¡Nos vamos á ir para dentro estando la calle tan linda! ¡Es maldad!

—Bueno, si no se van, por lo meaos déjenme tranquila, no me sofoquen... Miren; váyanse mejor hácia la otra esquina de balcon. Yo estoy aquí, en el medio, muy bien.

Y satisfecha, muy oronda, llenando todo el balcon con su esponjada y majestuosa humanidad, de solterona aún no desilusionada, la tía Pastora, contemplaba con los ojos entornados, toda aquella alegre juventud que bajo sus pies se deshacía en esas mil locuras que deleitan á los curiosos, seres inservibles, inútiles, que no hacen más que abrir la boca y apretar el bolsillo.

Cientos de serpentinas de papel multicolores, rosa,

verdes, azules, amarillas, blancas, subían, cruzábanse enredándose en el espacio en pintoresca confusión, en medio de alegres risas y tumultuosa agitación.

Pastora veía desenrollarse aquellas graciosas tirillas de papel, sintiendo un si es ó no es de despecho, un tantico de amargura al ver que ni una siquiera era dirigida hacia ella. ¿Por qué? ¡Ah, sí! Por aquellas chicuelas...

—¡Sara, vete de aquí, te digo! Déjame sola, decía rechazando á una de sus sobrinas que se le acercaba.

Pero inútil; apartaba á una, cuando ya tenía otra á su lado; y así, es natural, ella pasaba desapercibida, por que los hombres son unos tontos que se fijan en cualquier mona con tal que tenga carita de beba! ¡Ah! ¡Y cómo se mordía los labios cuando veía caer una serpentina en manos de alguna de sus sobrinas, y la favorecida quitaban el ramillete que tenía en el extremo y se lo prendía en el pecho! ¡Oh!...

—¡Pero váyanse, váyanse de aquí! ¡Cuántas veces quieren que se lo repita?

Después de mucho luchar, Pastora quedó sola al fin. ¡Ahora se vería! Y queriendo adoptar una postura despreocupada é indiferente, se puso de medio lado, con los ojos bajos, jugando como distraídamente con las puntillas de su bata de color salmon.

¡Dicho y hecho! Una serpentina cayó sobre ella, haciéndola estremecer de placer; tendió la mano graciosa y lentamente y cogió el extremo. Entonces miró; y en vez del ramillete adorable que esperaba, en vez de aquella prenda de amor que cruzara el aire para llegar hasta su corazón, se encontró—¡oh dolor! con una fresca cebolla, tierna y olorosa...

¡Pero qué malvados son los mascarar!

ALINA DORÉ



# PARA HOY



ESCOBERO

Para llevar bien este traje, se necesita agilidad, destreza y poca vergüenza.



GRAN DISFRAZ DE PRESIDENTE  
Este requiere gran dosis de.... paciencia



TRAJE DE «COMME IL FAUT»  
Derniere nouveauté! Se necesitan soltura y naturalidad.



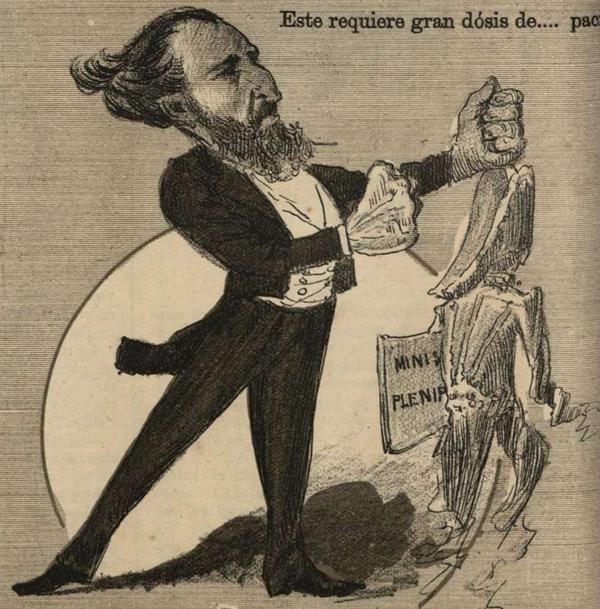
APOLO

Para usar este disfraz es imprescindible ser un peu garçon.



TRAJE DE MAYORDOMO  
CON RIBETES DE «CORDON BLEU»

Para usarlo se necesita un algo que demuestre gran escrupulosidad.



LA CÓLERA

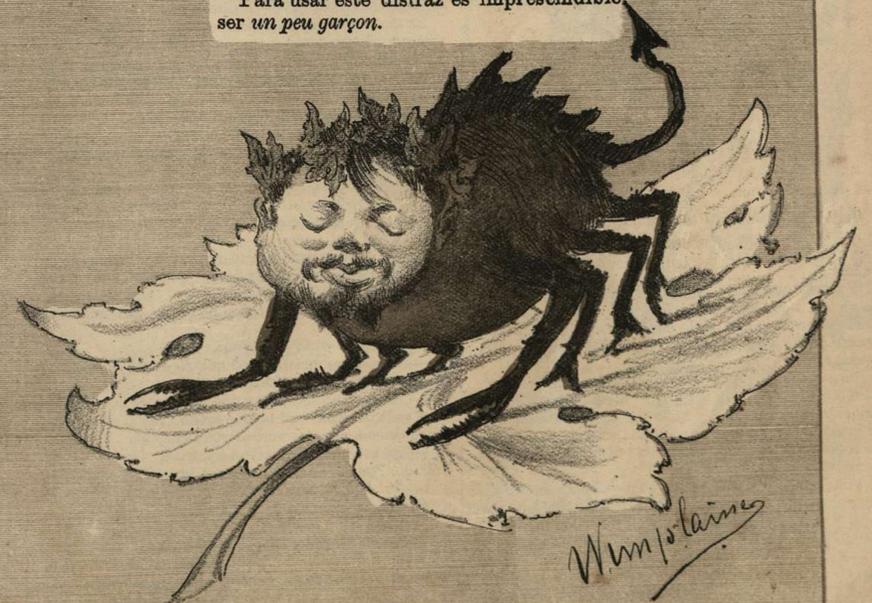
Gran traje simbólico.—Requiere excesiva energía y valor.



TRAJE DE «FIGARO O FACTOTUM»

Para desempeñarlo bien hay que prometerlo todo "para mañana", y servir para todo

Colle donnette col cavaliere....



DISFRAZ DE «FILOXERA»

Para usarlo hay que llamarse Federico

Wimpolaine



—¿No me conoces, Adrian?  
—No pichona.  
—Anda, tonton!  
Tú me has vendido azafran,  
y azúcar y pimenton...  
—(¿En qué me conocerán?)



Teresa estaba radiante aquella noche; era la reina de la fiesta, y como es natural, su amor propio, su vanidad, henchía su corazón de un goce delicioso y tranquilo.

¡Y pensar que aquel imbécil de Eduardo, que aquel pobre infeliz que hacia tanto tiempo la asediaba con sus ridículas pretensiones, nada menos había pretendido que hacerla dueña de su corazón! ¡Qué desgraciado! ¡Ella pensar en él!

¡Pues no faltaba más! Su atención era para otros, para otros que valiesen más, que fuesen dignos de su amor y de su cariño, y no como aquel estúpido que se ponía colorado como una guinda, cuando se hablaba de festones! ¡Es claro! ¡Ella quería hombres, verdaderos hombres!

Y mientras Teresa, reclinada coquetamente en un diván, acariciaba con el abanico sus rosadas mejillas, parejas y más parejas cruzaban delante de ella, aturdiéndola con sus giros rápidos y su estrepitosa alegría.

—Adios, mascarita... ¡Qué solita estás!... ¿No quieres aceptar mi compañía?... Aunque tengo la nariz como un tomate, soy algo bello... Si quieres recibir una prenda de amor, te regalo una cinta del calzoncillo... Adios, ché, Pepa...

Y, crasos, atrevidos, tontos como baba, pasaban todos aquellos cultores del viejo Momo, disfrazados de cuanta manera imaginarse pueda, de dominó, de frac, con traje de cochero, de *pierrrot*, de marqués, de príncipe y hasta de rey, de rey con calzon de percalina verde cotorra y peluca de lana parda.

Teresa miraba á todos, y no encontraba ninguno que mereciese ni siquiera su atención. Muchos se le habían ofrecido, todos obsequiosos, rendidos, entusiasmados; pero ninguno había logrado el honor de su inestimable brazo. Tuvo hasta violencias. Un digno *pierrrot*, que había dado en la extraña idea de prenderse una cola de mono, fué rechazado de una manera cruelísima, porque, sin medir el alcance supinamente estúpido de sus palabras, la dijo, galantemente, cuadrándose delante de ella: —Señorita, ¿esta cola tiene pelos ó no los tiene? Si los tiene, soy un peludo, si no los tiene, soy un pelon.

Y saludó poniéndose un dedo sobre la frente. La joven empezaba ya á desilusionarse con tan pocos espirituales pretendientes, cuando divisó entre la alegre concurrencia una máscara de dominó color de fuego que valsaba con una jovencita rubia como el oro, muy bonita, muy preciosa. ¡Aquello sí que merecía la pena! ¡Qué distinción, qué elegancia, qué finura se adivinaba en sus más pequeños movimientos! ¡Ah! Si aquel se le ofreciese... Pero no, no lo haría; parecía estar muy entretenido con aquella lindísima rubita... Se consolaría mirándolos bailar. ¡Y qué bien lo hacían! Ella con cuánta gracia tenía cogido su delicado vestido de tul color de rosa... El era todo un hombre, distinguido, fino, circunspecto... ¡Ah! ¿Por qué no se habría dirigido á ella?... Bailar con un compañero así era lo que correspondía, y no con cualquiera de aquellos imbéciles que lo que se ganaba en limpio, aceptando su compañía, era simplemente pasar un mal rato ó sufrir tal vez una vergüenza... Pero ¿cómo? ¿Deja ahora á su linda rubiecita? ¿Es posible?...

Sí; ha quedado solo: vaga de un lado á otro, sin fijarse en nada, como preocupado. ¡Qué le costaría ahora, Dios mio, dirigirse hacia ella y ofrecerle el sosten de su brazo? Nada, ciertamente nada; pero no lo hace, no lo hará nunca porque no quiere, porque no se le da la gana, en suma!

¡Pobre Teresa! ¿Sería posible que se viese así desairada por un joven que parecía todo un modelo de distinción y galantería? ¡Si al menos hubiese otro!...

Pero no, aquello no podía durar, que sus atractivos brillaban y atraían aún a las personas más ciegas é indiferentes.

Miróla él un instante y se acercó muy lentamente.

—Señorita, tengo el honor de invitar á usted para este valse.

¡Oh! ¿Cómo no! ¿Como no iba á aceptar ella aquel fino ofrecimiento!

Levantóse radiante, dichosa, mientras él, conduciéndola dulcemente del brazo, como hiciera con la rubia, con los mismos extremos de galantería, con los mismos cuidados, desarrollaba discretamente una conversación culta y amena, distante mil leguas de todo aquel palabrerío insustancial y chavaacano que les rodeaba.

Teresa escuchaba arrobada su voz, sintiendo inundarse su ser de un algo desconocido, muy dulce, muy grato, muy tierno...

—¿No gusta usted descansar un momento, señorita? preguntó después de bailar seguidas dos piezas.

Sentáronse muy juntos, él tranquilo, sereno, ella esperando. ¿Qué? Lo que esperan todas las muchachas cuando creen haber clavado el anzuelo.

En tanto las parejas seguían pasando, conmoviendo la sala con el estrépito de sus gritos y de sus risas locas. En medio de ellas, como perdido y desesperanzado, andaba el digno *pierrrot* de la cola de mono, ya sin animo, sin energía, pues un marqués desvergonzado, aburrido ya de sus tonterías, le había arrancado brutalmente la cola y no quería devolvérsela. Y el pobre *pierrrot* andaba tras él como un mendigo, muy preocupado, suplicando sin cesar.

—Dame la cola, hombre, dame la cola. Es fina, es de un traje que tengo... Dame la cola, hombre...

Pero no se la daba, y el otro padecía, padecía verdaderamente.

Teresa no veía nada de esto, abstraída por completo en escuchar las embriagadoras frases que le dirigía el del dominó color de fuego.

—...¿Y qué diría Eduardo si nos viese tan juntitos á los dos?

La joven no pudo dominarse.

—Nada. ¿Qué quiere usted que diga ese imbécil?... Le suplico que no me hable más de él.

—¡Ah, qué inconstancia y qué ingratitud! ¿Es posible que ya le deteste usted tanto, cuando hasta hace muy poco tiempo eran dos verdaderos tortolitos?

—No, eso no es cierto; yo nunca ni siquiera le he mirado. Por lo demás ¿á usted que le interesa eso?

—¡Ah! Mucho. Soy muy celoso, pero muy celoso. Sonrió ella con coquetería.

—¡Valiente!

Y á poco añadió poniéndose seria.

—Por otra parte, muy poco favor me hace usted al suponer que yo estuviese enamorada de ese imbécil.

Continuaron hablando en voz muy baja, tan baja que no era sino un murmullo. ¡Oh! Se entendían, se amaban ya con delirio. Ella había dicho que *sí*, con tanta pa-

sión, con tanta ternura, que él se sentía languidecer bajo su máscara de raso.

—...Pero deja, deja ahora que te vea la cara, decía ella conmovida. ¿No ves que es casi ridículo que no conozca cómo es el dueño de mi corazón? A ver, sácate la careta.

—No, mi vida, eso no; no puedo... por favor no me lo pidas.

—¿Por qué, por qué? decía ella algo extrañada de su negativa. No comprendo, es muy raro eso...

Y dijo él gravemente: —Es inútil, no me exijas un imposible; jamás haré tal cosa.

Entonces ella no pudo contenerse, y exclamó airada: —¡Ah, sí! ¿No puedes? ¡Ya sé por qué! ¡Hipócrita!

¡Con que la rubia no era más que una amiga! ¡Mentira, nada más que mentira!

—No... oye... no es eso... escucha... ¡Si yo te amo, si yo te adoro con locura!

—¿Sí? ¡Qué sincero! ¿Porqué no te descubres entonces el rostro? ¡Es claro! Porque temes que tu cara delate la aledad de tus palabras.

—¡Oh! ¡Eso no! Mira... Pero no; dime antes que me quieras, que me crees sincero, que siempre te he adorado!

Y casi se echaba á sus piés, trémulo, conmovido.

—Sí, te creo, sí, contestó ella latándole fuertemente el corazón.

—¡Pues mira!

Y arrancóse rápidamente la careta. Teresa se irguió con violencia en su asiento y exhaló sin querer un improperio.

¡Maldición! ¡Era el mismísimo Eduardo!

CARLOS LENGUAS



—Adios! ¿Las máscaras viendo eh? Bribon! ¿No conocerme?

—No te conozco.

—Pues verme muy retratado

—No entiendo

—Dime quien eres

—No; van

á retar Julio y Miguel

si ellos quieren...

—¡Ah! Tan fiel...

Ya te conozco; eres Juan.

\*\*

—Adios ché. Como te va

¿Querés tomar buen champañe?

No tengo quien me acompañe...

—Quién eres

—Fué mi papá

el más valiente guerrero

y el de más fuerza y honor

y el más crudo... ¡Si señor!

¿lo negás? Te como entero!

Al que esto niegue, lo mato!

Fué mi papá y eso basta

Nadie hable mal de mi casta

Adios ché.

—Adios, Fortunato!

\*\*

—¡Cuánta belleza! ¡Qué encanto!

¡Adios flor, adios lucero!

Este andante caballero

Su amor ofrece.

—Dios santo!

Mascaron; ya eres machucho!

—Niñas las de ojos divinos

¡a quién mando mis padrinos!

ya estoy muy furioso. mucho!

A un Apolo de salon

á quien solo Julio iguala

decir viejo... mala, mala!...  
—Qué tierno estas hoy, Garzon.

—Ves qué fiesta tan preciosa?  
Y luego dicen que es malo el gobierno y le dan palo ¡qué jente más envidiosa! Como este gobierno sí que no habrá otro. Esto va en serio ¿has visto qué Ministerio? No ha habido otro igual aquí ¿Pero no me conocés? A mí que desde chiquito te conozco? A tu hermanito lo he visto nacer... ya ves Tu papá murió de un tiro... También conozce á la abuela y á toda tu parentela... Adios. No soy Clodomiro!

PEPE ORTIGA.



Uno que va disfrazado de turco aunque no lo parece.

ENTRE DOS FUERZAS

NOVELA

POR

ARTURO A. GIMENEZ

I

(Continuación)

Al otro extremo, terminando el gran cuadro, sobre una pequeña punta, el cementerio; la mansion del silencio contrastando con aquel rincón bullicioso del pié de Punta Carretas, deja ver su cúpula elevándose entre los altos cipreses semejantes a obeliscos negros, monumentos sombríos de la ciudad de los muertos.

La tarde empieza a velar con sus tintas vagas las líneas más lejanas; pero en la plataforma reinan aún la animacion y el bullicio; los coches del trenvía llegan y se anuncian con el resonar de los frenos cerrados bruscamente; los cascabeles de la collera de los caballos; el golpear de los respaldos de los asientos al cambiarlos de posicion; la caída y arrastre de la lanza al cambiar el tiro.

Y vuelven a marchar llenos de jente que se apresura a ganar los asientos, de prisa, impacientes, con el febril apuro de la retirada.

Pero la terraza sigue concurrida; permanecen en ella todos los que no van a la playa solo por hijiene.

Mario, entre tanto, apoyado en un madero mira al mar en cuyas ondas se quiebran los últimos rayos del sol formando mil doradas escamas centelleantes ajitadas por incesante movimiento de vaiven.

Ha pagado ya tributo a las infaltables preguntas de los conocidos que por allí andan mirando las mujeres o esperando que los miren.

—Hola, Mario. ¿Qué tal?  
—Bien y tú?

—Ya lo ves... ¿Qué haces por acá?  
—Esperando la familia...  
—¡Ah! Está muy bueno esto ¿eh? Voy á dar una vueltita por el otro lado a ver si... Hasta luego.

I Mario vuelve a su distraccion: de nuevo se dirige sumirada instintivamente al mar que lame la arena con suave rujido, acariciándola como acaricia a la hembra el leon enamorado.

I helo ahí en uno de esos momentos en que la imaginacion, una imaginacion de diez y siete años, se apodera de él haciéndole soñar despierto, ajeno por completo a la realidad, envidiando casi la prerogativa de que gozan aquellas ondas que pueden rozar el cuerpo de Delia y ceñirle dulcemente...

El solo ha conseguido oprimir su mano al ayudarla a bajar del trenvía; bien poco es, ciertamente, pero así y todo al recordar la presion de aquella pequeña mano apoyándose en la suya, experimenta una deliciosa sensacion de placer, casi de voluptuosidad.

I sigue y sigue, abusando de su poder la fantasía, sujiendo al jóven ideas singulares, absurdas.

Un bañista atrevido deja ver su cabeza en el espacio de mar que separa el departamento de baños de hombres del de mujeres; la mirada de Mario siguió aquel punto negro que avanza, retrocede, se oculta subiendo y bajando a capricho de las ondas; no tarda en seguirlo tambien su imaginacion, pronta siempre, en aquella juvenil cabeza, a apoderarse del espíritu con mengua del dominio que a la razon corresponde sobre él.

Si aquel hombre llegara a verse en peligro... El bote está léjos y no podría acudir a tiempo; en todos los pechos crece la ansiedad, ante la terrible lucha que libra el hombre con el mar... Entonces él, Mario, se arrojaría a salvarle... ya está en el agua. Todos siguen sus movimientos con los ojos dilatados y la respiracion anhelosa. He ahí que llega el sitio en que lucha la victima con la onda; ya le coje: el otro se aferra cual si tratase de arrastrarle consigo al abismo, pero él logra asirle bien y comienza á remolcarlo nadando con vigor, un vigor extraordinario... ya falta poco... dos brazadas más y... ¡Ya llegó!

Un grito de alegría se escapa de todos los pechos. ¡Bravo! ¡Bravo! repiten con entusiasmo...

¡Ser aplaudido, aclamado por aquella multitud delante de Delia!

Pero el espectáculo desaparece pronto; como en esos sueños de batallas o desafíos en que nos despierta el ruido del primer disparo, las aclamaciones despiertan allí a Mario que sacude la cabeza como para ahuyentar tan absurdas ideas, sonriendo al pensar con qué facilidad se convertia a sí mismo en un héroe. Es de advertir que ni siquiera sabe nadar.

—¡Qué locuras!  
El bañista ya no se veía y los concurrentes de la plataforma que Mario imaginara ora suspensos, ora entusiasmados, seguían tranquilamente sus conversaciones.

—¡Qué locura! repitió, dirijiéndose al encuentro de Isabel y Delia que a ese tiempo aparecian en la portada que da acceso a los baños.

Por lo jeneral, mientras ellas conversaban o tomaban leche, despues del baño, permanecia él alejado, conversando con algun amigo o mirando la jente que llegaba o se iba.

No estando seguro de que los sentimientos de Delia le fuesen favorables en el sentido que deseara, se alarmaba su amor propio ante la idea de que fuera ella a conocer claramente que estaba enamorado.

En tal caso, caería él en ridículo; porque de seguro Delia, como todas, debía ser aficionada a divertirse con los hombres, y Mario no queria bajo concepto alguno que esto sucediera, oponiendo como arma defensiva su simulada indiferencia.

Por eso aquel día en que ocurrióse que tal vez fuera más ridículo pasarse la tarde léjos de ella, confundido con la multitud de gomosos reunidos cerca de la escalinata; aparte de que bien podia ella creer que la tenia miedo, por eso aquel día cuando se reclinó en el respaldo de la silla ocupada por Delia, tan cerca de ella que a veces sus cabellos llegaban a rozarle la cara, le dijo con tono jovial:

—¡Qué mi agrol! ¡El señor Mario ha dejado la compañía de sus amiguitos!

—Cambiándola ventajosamente por la de sus amiguitas.

—¡Qué galante! Si está hoy desconocido!

—¡Mil gracias!

—Nó; lo digo, porque como no habia usted pensado así hasta hoy...

—Nó; es que...

—¡Ah! Tenia miedo de que lo creyesen mi novio ¿eh?

—¿De veras? ¡Qué miedo!

—¿No? Para un jóven como usted, que no puede tener novia...

—¿Qué le vamos a hacer... nadie me quiere...

—¡Ay pobrecito!... decia ella con afectacion cómica.

No es por eso, nó; pero con las ideas que usted profesa...

Por lo pronto no cree en el amor.

—¡Bah! Eso lo he dicho en broma, por discutir con usted, resplicaba él con espresion semi-burlona.

—¿De veras? ¡Si lo he dicho con perfecta conviccion!..

El se habia puesto grave, abandonando aquel tonillo

entre serio y burlon con que pretendiera ocultar su turbacion, porque efectivamente, el corazon le saltaba en el pecho como sucede cuando nos encontramos en un momento decisivo, y un leve rubor asomaba a sus pálidas mejillas.

Sentia deseos de decidir de una vez la situacion con fesándole su amor.

Y si fracasaba... al fin, no sería a él solo a quien hubiera sucedido una cosa semejante...

Sí; era mejor hacerlo; quien no se aventura no pasa la mar.

Y, como resultado de todas estas reflexiones que habian ocurrido a su mente claras y rapidísimas, en un instante, casi a un tiempo todas, iba a confesar su amor cuando la voz de su madre detuvo la suya en los labios.

(Continuará.)



**Obsequiamos hoy á nuestros suscritores con un suplemento en el cual inauguramos la Galería Departamental, dando así su representacion ante el público á los hombres más caracterizados de la campaña, poco conocidos aquí, á causa de la absorbente centralizacion que concentra toda la actividad en la capital con evidente perjuicio de la campaña.**

**En él empezamos también la publicacion de BOY, la última novela del padre Coloma, el célebre autor de «Pequeñeces», aún desconocida en Montevideo.**

**Y como complemento de estas mejoras que implantamos agradecidos al creciente favor que nos dispensa el público, hemos resuelto rebajar el precio de la edicion que imprimimos «para campaña» á la cantidad de OCHENTA CENTESIMOS MENSUALES con derecho al suplemento.**

**Quedan, pues, avisados los señores suscritores y agentes del interior.**

**Lo dicho, lectores; que estamos resueltos á arruinarnos por ustedes.**



Un diario, ó cosa así, el *Montevideo Noticioso* (No sé si lo habrán dicho también otros) dice refiriéndose á ciertas medidas que el Gobierno Argentino intenta tomar contra los periódicos de caricaturas de allá:

«Otro tanto debiera hacer nuestro Gobierno, pues el periódico «Caras y Caretas» del domingo último trae una caricatura ridiculizando al señor Ministro de España».

Contra quien debieran tomar medidas, el Gobierno y los particulares es contra los gacetilleros imbéciles á quienes no se les alcanza un ardite de lo que son ironia; y simbolismo festivos.

Oye lo que hoy has de hacer  
Oh gacetillero! y pronto  
No te disfraces de tonto  
que te va... á conocer.

El rematador Natalio Azcárate que tenía anunciado para el martes el remate de una casa, tuvo que suspenderlo por haber fallecido á la misma hora señalada para efectuarlo, el inquilino que la ocupaba.

Lector, al saberlo infiero  
por qué murió el inquilino.  
¡Si el rematador indino  
iba á crearle otro casero!

\* \*

—Mira todos los periódicos publican la lista de los que acompañaron al doctor Carlos de Castro, que después de recibir el viático se marchó por fin?

—¿Acompañantes? ¿Viático? ¿Murió quizá?

—¡Qué barbaridad! El viático ese es un *sacramento* que solo se administra á los muy vivos.

Pues has de saber Leonor  
(y esto no es extraordinario.)  
que esos son, por el contrario  
los que equí viven mejor.

\* \*

Decía el borracho Micas

—No hay miedo que hoy me desmande  
mas como saque la grande,  
la convierto todas en *chi cas*.

\* \*

Dice un telegrama dando cuenta de cierto meeting socialista:

«Componían la mesa dos zapateros, dos panaderos y un minero.»

Pues yo creo que con un aprendiz de carpintero había bastante.

¡Si no se trataba mas que de componer la mesa!...

\* \*

A pesar de las veleidades del tiempo, las playas siguen concurridísimas y por algo los diarios aseguran que va allí *todo el mundo*.

Como que uno allí se encuentra con cuanto conocido tiene, y todo se vuelve:

—¡Hola, Fulano!  
—¡Hola, Zutano!  
—¡Hola, Mengano!

En fin, que por esta sola  
moda, sin mojarse el cuero  
se da uno un verdadero  
baño de *hola*.



## Correspondencia Particular

*Firulete*.—Montevideo.—Bien hombre, bien; tanto mejor. Irá. Lo último que envié no sirve.

*El nato*.—Idem.—¿Que le diga á usted algo? ¡pues le digo puerco espin!

*R. Novoa*.—Pando.

Cuando hace usted esos versos parece un animal, la culpa será de ellos si usted toma esto á mal.

*Cacaseno*.—Florida.—¿Que qué me parece su «Vida de astro»? Pues que si sigue usted escribiendo va á tener una muerte des-astro-sa.

*El jorobado*.—Melo.

¿Que está usted, «canzado, lleno (!) de vivir con su defecto?» Es lamentable, en efecto. Que le den á usted un veneno.

*Fray V. de Lorza*.—Colon.—Un millón de gracias!  
*L. R.*.—Rivera.

«Pues yo te amo mucho, mucho, pero mucho, mucho, mucho, mucho más que tú á mi, Agar» ¡Hombre! Ya es mucho *muchear!*

*Pepe Ortiga*.—Montevideo.—Bien, siga usted así.  
*V. P. P.*.—Idem.—Mil gracias, otra vez.

## NUESTROS PROHOMBRES DE INCÓGNITO



¿Lo quieren Vds. más de incógnito?

## EL ANTICUARIO



Vende, compra y revende El Anticuario libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

Calle 18 de Julio, núm. 184.

¿Una más?  
MANUFACTURA DE TABACOS  
HABANO XXX  
GARANTIDO

## OJO

Hacemos presente á los que aún no hayan enviado sus colecciones para encuadernar, y muy especialmente á los señores suscritores de campaña, que aquellos que lo deseen, deben enviarlas cuanto antes, pues estando por acabarse las cubiertas especiales que mandamos hacer, en tela, y con el título dorado á fuego al frente, nos urge saber las que faltan para mandar hacer la cantidad necesaria.

Para los que no hayan leído el aviso anteriormente publicado, repetimos que el precio de la encuadernación, apesar del lujo de ésta, es de

Pesos 1.50 el tomo.



Tarjetas, rótulos accion-  
es, circulares, letras de  
cambio, cheques, conform-  
es, memorandums, plan-  
os, diplomas, músicas,  
etc., etc.

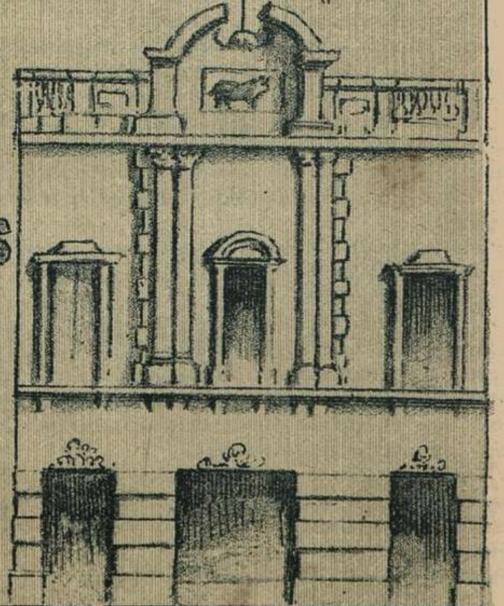
Calle Treinta y Tres, núms. 87 y 93.

## FOTOGRAFIA DE INGLESA FITZPATRICK

Hace esta fotografia  
Retratos tan excelentes  
Que á ella acuden á porfia  
Las más distinguidas gentes.



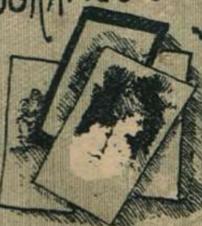
## EL TORO SON LOS MEJORES XXX



## F. CALLIGARIS ESTUDIO FOTOGRAFICO

BICUI 228

Fotografía de moda  
por la high life preferida  
donde se retrata toda  
la gente más distinguida.



## AL POLO BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ  
CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

Da el «Polo Bamba» un café  
de clase tan superior  
que beber no logra usted  
en el mundo otro mejor.



## CIGARRILLOS Habanos

XXX

Casa Fundada en

1874

288 URUGUAY 292